

ARDE EL MAR DOLOR

Gerard Gil

¡Soy todas las cosas, todos los hombres y todos los animales!

(Arthur Cravan, boxeador y poeta, en la revista *Maintenant*)

El corazón del ratón es gris, como el ratón mismo.

(Suji Terayama, boxeador poeta y cineasta, en su ensayo del mismo título)

La puerta de la casa se abre. En su interior hay perros. Un caracol, perseguido por una lengua, se arrastra sobre un ejemplar de *Los cantos de Maldoror*. Un enano ata a una mujer desnuda a la silla. La lengua lame a la mujer. El enano aprieta la cuerda y parece que ella va a gritar. La boca de la mujer se abre. En su interior hay una tortuga.

La retorcida naturaleza de *Los cantos de Maldoror* ha sido suficiente para desalentar cualquier tentativa por parte de los codiciosos productores Hollywoodienses de poner sus manos sobre el célebre libro. Sin embargo, no ha sucedido así con algunos cineastas verdaderamente independientes, de esos a los que se acusa o bien de hacer cine experimental, o bien de hacer cine de serie B. En 1952, Kenneth Anger quiso filmar unos cantos que no llegarían más allá de unas pocas imágenes de prueba. Tampoco Alberto Cavallone consiguió terminar su *Maldoror* en 1977. Más recientemente, sí lo consiguieron Philippe Vandewalle, Duncan Reekie y Karsten Weber, pero ya el mismo año en que Cavallone renunciaba, Shuji Terayama realizó *Maldoror no uta*, una personalísima adaptación de veintisiete minutos cuyas primeras imágenes se describen en el párrafo precedente.

La constante referencia a animales de diversa índole es una de las primeras sorpresas que el lector encuentra al enfrentarse al texto de Lautréamont. Si bien esas referencias bastarían juntas para realizar un variado compendio de zoología, la película del realizador japonés reduce el bestiario considerablemente. Además del hombre, en su arca fílmica sólo entran el caracol, la tortuga, la salamandra, el perro y algunos pájaros.

Detengámonos por un momento en imagen de la mujer que *grita una tortuga*. ¿Qué significa *gritar una tortuga*? ¿Dónde reverbera ese reptil? El enano aprieta las

cuerdas y la mujer desnuda grita. La tortuga es ese grito, la materialización de su dolor. ¿De dónde procede ese dolor? Veamos qué dice Cirlot de la tortuga en su *Diccionario de símbolos*, no sin antes advertir que reducir una imagen a una u otra interpretación simbólica es un vil ejercicio destructivo sólo justificable por una reconstrucción.

La tortuga es un símbolo de la realidad existencial, no un aspecto trascendente, pues aun como conjugación de círculo y cuadrado concierne a las “formas del mundo manifestado” no a las fuerzas formantes ni a los orígenes, menos al centro irradiante. Por su lentitud, pudiera simbolizar la evolución natural, contrapuesta a la evolución espiritual, rápida o discontinua en mayor grado. (...) El grabado (...) de la Hypnerotomachia Poliphili representa a una mujer que sostiene en una mano dos alas abiertas y en la otra una tortuga. Según esta contraposición, la tortuga sería la inversión de las alas, es decir, el fijo de la alquimia, pero en su carácter negativo (puesto que las alas simbolizan vuelo como espiritualidad y elevación). Es decir, pesantez, involución, oscuridad, lentitud, estancamiento, materialismo extremadamente concentrado, etc.





Las palabras parecen hechas a medida para describir el sufrimiento, más mundano que celeste, de esa encarnación diabólica que es Maldoror. Una tortuga sube, como el dolor, por el pecho de un hombre. El hombre coloca salamandras sobre el cuerpo de una mujer. Tanto la salamandra, como la tortuga, como el caracol son animales de piel viscosa y movimientos lentos, amigos del lodo y las aguas fangosas. Todos ellos aparecen de manera similar en el film. Un caracol sale volando del pecho de un

hombre muerto. He aquí la imagen del alma saliendo del cuerpo, pero el alma no es ya, como en las antiguas alegorías, un pájaro, sino un caracol, un ser que se oculta en una espiral pringosa. Los pájaros han sido desterrados del alma. Un pájaro atado a un ejemplar del libro de Lautréamont intenta liberarse, otro intenta escapar a unas tijeras que le cortarán las alas.

Resulta aquí reveladora la intuición de Cirlot al apuntar la oposición entre el ave y la tortuga. Un alma de alas mutiladas, eso es una tortuga. También la figura femenina ha sido tradicionalmente entendida como símbolo del alma. Las mujeres del film aparecen atadas, o cubiertas de anfibios, o sacando la lengua, o untadas con huevos. Tal es el alma de Maldoror, el hermano de la sanguijuela. Pero ¿puede un alma putrefacta aspirar y cantar a lo más alto?

Cuando estés en tu lecho y escuches los ladridos de los perros en la campiña, ocúltate bajo tus mantas, no te burles de lo que hacen: tienen sed insaciable de infinito, como tú, como yo, como todos los demás humanos de rostro pálido y alargado.

El caracol es como el ladrido de los perros, asciende porque aspira al infinito pese a su babosa y torpe naturaleza. También la salamandra es babosa y torpe, pero quizás hemos sido injustos con ella. La extraordinaria resistencia de este animal al fuego propició la creencia medieval de que podía vivir en las llamas, de ahí que en diversas culturas se la tomara por el espíritu del fuego o como un símbolo de inmortalidad. En el film, Terayama ata, como a un pájaro, un ejemplar de *Los cantos de Maldoror*, lo sumerge en el agua, como a una tortuga, y, poco después, lo quema con una salamandra encima. No sabemos si el libro muere quemado o ahogado, si es que muere, pero sabemos que en sus páginas, las aguas aparecen siempre unidas al dolor:

Viejo océano de olas de cristal, te pareces proporcionalmente a las azuladas marcas que pueden verse en la espalda magullada de los grumetes; eres un inmenso hematoma en el cuerpo de la tierra.

(Canto primero)

Finalmente, de entre los flancos del bajel brota un grito universal de dolor inmenso, mientras el mar redobla sus temibles ataques.

(Canto segundo)

Quizás por eso, porque ve en las aguas su propio mal, Maldoror saluda al océano, al

mar Dolor, como a un querido y viejo amigo. La eternidad de las aguas es una eternidad dolorosa. Pero sumergir al libro atado no es suficiente para Terayama. Es necesario también quemarlo. Una buena adaptación cinematográfica, como toda traducción, implica una traición al texto original. Al margen de motivos metalingüísticos, a nadie que los busque le faltarán motivos para quemar el libro de *Lautréamont*. Maldoror no es precisamente un compendio de virtudes, ni pretende serlo:

Hasta hoy, la poesía siguió un camino equivocado; levantándose hacia el cielo o arrastrándose por tierra, ha despreciado los principios de su existencia y ha sido, no sin razón, constantemente escarnecida por la gente honesta. No ha sido modesta... ¡la más hermosa cualidad que debe atesorar un ser imperfecto! Quiero mostrar mis cualidades, ¡pero no soy lo bastante hipócrita como para ocultar mis vicios! La risa, el mal, el orgullo, la locura, irán apareciendo, unos tras otros, entre la sensibilidad y el amor por la justicia, y servirán de ejemplo a la estupefacción humana: todos se reconocerán en ellos, no como debieran ser sino como son. Y tal vez este sencillo ideal, concebido por mi imaginación, supere sin embargo, lo más grandioso y más sagrado que la poesía ha encontrado hasta hoy.

(Canto cuarto)

A juzgar por esta última frase, quizás Maldoror esté confundiendo modestia con sinceridad. Sí, Maldoror, no *Lautréamont* ni *Ducasse*. ¿Qué importa quién era *Ducasse*? Nada mejor que buscar el anonimato para despertar un desmedido interés de los biógrafos. Es Maldoror, hombre y demonio a una, quien canta de principio a final. Su estilo es grandilocuente hasta la náusea, pero ¿acaso podría escribir de otro modo el autonombado enemigo del Creador? El fuego de sus palabras nace de la fricción entre lo finito y lo eterno. Y he aquí cómo el libro arde. Pero no es el libro lo que nos preocupa ahora, sino la salamandra atrapada entre las llamas. Al principio, el bicho camina a través del fuego y se aleja del libro con aparente tranquilidad, pero pronto es arrojado de nuevo a la pira. Esta vez, el animal no escapa, sino que muere carbonizado. La inmortal salamandra, el espíritu del fuego, se ha consumido entre las páginas de los cantos. ¡La inmortalidad ha muerto!

Quizás, tras la muerte, se resuelva tanta tensión. Quizás todos los colores se fundan en el verde, o en el gris de las cenizas, da lo mismo; y el blanco y el negro resuelvan su eterna disputa. Un chico, junto a un loro, se mirará entonces en el espejo mientras se viste de mujer. Cuando la transformación haya terminado, en el espejo aparecerá un

huevo. El joven hermafrodita recordará entonces cuando era sólo un hombre llamado Maldoror y, de espaldas al mar, miraba fijamente el corazón de su tortuga.



